

—Mr. de Montessan...

—¡Y de los dos! Es lo mismo; sí, los dos serían aceptables, pero solamente aceptables, y esto no es bastante.

He ahí por qué Bettina, con una extremada impaciencia esperaba el día de la marcha y la instalación de Longueval... Se sentía un poco abatida de tantos placeres, de tantos triunfos y de tantas peticiones de su mano. El gran torbellino parisién, desde su llegada, la había cogido sin poderlo remediar, y no podía soltarla.

No tenían ninguna hora del día de parada ni descanso... Experimentaba el deseo de que la dejaran entregarse á sí misma, sola, durante algunos días á lo menos, consultarse y preguntarse á sus anchas en la plena tranquilidad y soledad del campo, á quién se decidiría á pertenecer...

Por esta razón, Bettina, vivaracha y alegre, subía el 14 de Junio, al mediodía, al tren que debía conducirla á Longueval. En cuanto se vió sola en una berlina, con su hermana:

—¡Ay! gritó ella, que contenta voy! Respiremos un poco. ¡Sola contigo durante diez días! porque los Norton y los Turner no vienen hasta el 25, ¿no es verdad?

—Sí, hasta el 25.

Vamos á pasar nuestra vida á caballo, en coche, en los montes y en el campo. ¡Diez días de libertad! ¡Y durante estos diez días, nada de enamorados! ¡no habrá enamorados! Y todos ellos ¿de qué lo están tanto, Dios mío? ¡De mí ó de

mi dinero? ¡Este es el misterio, el impenetrable misterio!

La máquina silbó, y el tren se movió poco á poco, una idea algo loquilla se le pasó por la imaginación, se echó el cuerpo mitad fuera de la portezuela y gritó, acompañando sus palabras con un pequeño adiós de la mano:

—¡Adiós, enamorados míos, adiós!

En seguida se acostó bruscamente en un rincón de la berlina, atacada de un gran impulso de risa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Suzie! ¡Suzie!

—¿Qué te pasa?

—Un hombre con una bandera colocada en la mano... ¡Me ha visto! ¡Me ha oído! ¡y ha puesto una cara tan asustada!

—¡Eres tan loca!

—Sí, es verdad, he hecho mal en chillar por la portezuela... pero estoy tan contenta en pensar que vamos á vivir solas las dos como muchachos.

—¡Solas! ¡Solas! No tanto como eso. Tenemos, para principiár, dos personas á comer con nosotras esta tarde.

—¡Ay! ¡verdad es!... pero estas personas, no me importa nada verlas... Sí, estaré muy contenta de volver á ver al cura, y sobre todo al oficial...

—¡Cómo! ¿sobre todo?

—Ciertamente que sí... porque era tan conmovedor lo que el notario de Souvigny nos contó, cuando él era pequeñito, tan bueno tan bueno, que tengo esta noche que buscar una ocasión de de-

cirle lo que yo pienso sobre eso... ¡y la encontraré!

Después Bettina cambió bruscamente de conversación:

—¿Han llevado ayer el despacho telegráfico á Edwards sobre las jaquitas?

—Sí, ayer antes de comer...

—¡Oh! tú me dejaras guiar hasta el Castillo, porque me gustará tanto atravesar el pueblo y hacer una hermosa entrada bien en redondo, sin dejar el trote en el patio, delante de la gradería. ¡Di! ¿Me lo concederás?

—Sí, sí, estoy conforme; tú guiarás las jacas.

—¡Qué buena eres, Suzie!

Edwards, era el picador. Había llegado hacía tres días al castillo para instalar las caballerizas y organizar el servicio. Se dignó venir, él mismo, delante de Mad. Scott y de miss Percival, trajo las cuatro jacas enganchadas en el duque. Esperaba en el patio de la estación en numerosa compañía.

Se puede decir que todo el pueblo de Souvigny estaba allí. El paso de las jacas atravesando la calle mayor de la ciudad había producido sensación. Los vecinos se habían precipitado fuera de sus casas y se preguntaban con avidez:

—¿Qué es esto? ¿qué es esto?

Algunas personas aventuraron esta opinión:

—Un circo ambulante, tal vez...

Y por todas partes gritaban:

—¡Ustedes no han visto como van... y el co-

che... y las guarniciones brillan como si fueran de oro... y las jaquitas con una rosa blanca en cada lado de la cabeza!

La multitud se había amontonado en el patio de la estación, y los curiosos supieron que tenían el honor de asistir á la llegada de las damas del castillo de Longueval.

Hubo cierto desencanto cuando vieron á las dos hermanas, tan bonitas, pero tan sencillas con sus trajes de viaje. Los vecinos honrados esperaban la aparición de dos princesas de magia, vestidas de seda y brocados, llenas de rubíes y diamantes. Abrieron sus ojos cuando vieron á Bettina dar lentamente la vuelta alrededor de las cuatro jacas, acariciándolas ligeramente con su mano y examinando con aire entendido los detalles de sus guarniciones. No disgustaba á Bettina—y fuerza es conocerlo,—hacer un poco de efecto sobre esta multitud de vecinos aturdidos.

Pasada su revista, Bettina, sin precipitarse demasiado, se quitó sus largos guantes de piel de Suecia y se puso otros gruesos de piel de gamo, que tomó de la bolsita del alero del coche. En seguida se subió de un salto al pescante en el sitio de Edwards, recibiendo de sus manos las riendas y el látigo con una extrema habilidad, y sin que los caballos, muy excitados ya, hubiesen tenido tiempo de notar el cambio de Mad. Scott se sentó al lado de su hermana. Las jacas pateaban, bailaban y querían encabritarse.

—La señorita debe tener cuidado, dijo Edwards; las jacas están hoy muy fuertes.

—No tenga usted cuidado, respondió, ya las conozco.

Miss Percival tenía la mano segura, ligera y en regla. Contuvo las jacas durante algunos momentos, obligándolas á quedarse quietas en su sitio; después, envolviendo á los dos caballos delanteros con una doble y larga ondulación de su látigo, arrancó el tiro instantáneamente con incomparable valentía, y salió magistralmente del patio de la estación en medio de un largo murmullo de asombro y admiración.

El trote de los cuatro poneys resonaba sobre las puntiagudas piedras de Souvigny. Bettina, hasta la salida de la ciudad, les hizo sostener un paso un poco corto; pero en cuanto vió delante de ella dos kilómetros de carretera, sin cuesta alguna, dejó los poneys irse poniendo á su gusto... y tomaron un paso endemoniado.

—¡Oh! ¡qué dichosa soy! exclamó ella... Vamos á trotar y á galopar solas por estos caminos... ¿Quieres tú, Suzie, guiarlas?... ¡Es tan agradable el poder una dejarlas correr de este modo; son tan veloces y tan dóciles al mismo tiempo! Mira, toma las riendas.

—No, llévalas tú; más me gusta verte gozar á ti.

—¡Ah! en cuanto á gozar, ya lo creo que es un gran goce para mí... ¡Me gusta tanto... guiar cuatro caballos, con mucha tierra por delante!...

En París, por la mañana, no me atrevía... Me admiraban demasiado... y esto me molestaba... Pero aquí, no hay nadie... nadie... nadie!...

En el momento en que Bettina, embriagada por el aire y la libertad, lanzaba triunfalmente sus tres «¡nadie, nadie, nadie!» vieron un caballero que venía andando al paso en sentido contrario del coche.

Era Pablo de Lavardens... Hacía una hora que estaba al acecho para tener el gusto de ver pasar á las americanas.

—Tú te equivocas, dijo Suzie á Bettina; aquí hay alguien.

—Uno del pueblo... Este no entra en cuenta... porque no desea mi mano.

—No es un campesino. Míralo.

Pablo de Lavardens, al pasar al lado del coche, hizo á las dos hermanas un saludo con la más correcta perfección de un parisién.

Los poneys corrían tanto, que el encuentro tuvo la rapidez de un relámpago. Bettina exclamó:

—¿Quién es este caballero que nos acaba de saludar?

—No he tenido tiempo de verle, pero me parece que le conozco.

—¿Le conoces?

—Sí; juraría que le he visto este invierno en casa.

—¡Dios mío! ¿Será éste uno de los treinta y cuatro, y volverá esto á empezar?